

Enmedio á los azares de la guerra,
En época de pruebas y revéses,
Cuando tembló la mexicana tierra
Bajo el peso de ejércitos franceses,
Baranda en campos, en ciudad, en sierra
Al enemigo combatió mil veces.....
¡Ah! quien tan digno se portó no ha muerto:
Nos preside, nos vé, ¡está despierto!

No en la tumba de ese hombre coloquemos
La sentencia fatídica del Dante,
“*Lasciati ogni speranza:*” no dudemos
De tanta honra y galardón delante.
No el “*Dies iræ*” contristado alcemos
Que al aterrado corazón quebrante.
¡Fuera el crespón! Enmudecéd la orquesta:
¡El Templo de la Gloria está de fiesta!



ELOGIO FUNEBRE.



ELOGIO FUNEBRE

por M. Sánchez Mármol.

Nihil enim eum non efficere posse ducebant..... Quibus rebus effecisse, ut, apud quoscumque esset, princeps poneretur, haberetur que carissimus.

Cornelio Nepote. Vida de Alcibiades.

PERPLEJO en el intento, Señores, al venir á tomar parte en esta solemnidad para significar mi rendido vasallaje á la santa ley de los afectos, no he sabido si pedir inspiración á los prestigios del intengio ó si abandonarme á los no reglados impulsos del sentimiento.

No que crea que pudiera levantarme á la altura del fin á que se endereza, que á tamaño propósito no habría en mí esfuerzo que no pecara de deficientísimo, sino que, aspirando al menor desacierto, hubiera querido atinar en la elección del medio. Y esta mi indecisión se halla por demás justificada al abordar un asunto que no sabría decirse por cuál concepto obliga más el discurso, embarga más la emoción; que el ilustre muerto á

quien estos merecidos homenajes se consagran, si noble, generoso y grande fué por el corazón, no fué, por cierto, pequeño por la potencia intelectual, que poseyóla en altos quilates acendrada.

Aquellas almas, Señores, para quienes el sentimiento del deber es una religión; aquellas para quienes la amistad es un culto; virtud digna de ser imitada, el desprendimiento, y la firmeza de carácter, cualidad, por singular, á los más altos encomios acreedora, esas almas están de duelo. Aquellas almas para quienes el saber es una necesidad; aquellas para quienes el estudio es un deleite y fruición purísima el amor á las letras y á las artes, y suprema grandeza la grandeza del genio, esas almas también están de duelo Pronto al obedecimiento de su ilustrada conciencia, jamás esquivó el peligro ni declinó la responsabilidad; nacido para las grandes afecciones, supo llegar por el amigo hasta al sacrificio de sí propio; el primero en acudir al llamamiento del necesitado, dió con largueza y hasta prodigó sin ostentación; inquebrantable en sus convicciones como entero en sus afectos, ni transigió con sus contrarios, prefiriendo caer á cejar; ni puso máscara de disimulo á sus simpatías ni á sus repulsiones, antes ostentólas con noble fiereza. Reverenció en el sabio al redentor de la ignorancia, y no habría desdeñado acercarse al tonel de otro Diógenes, tras algo nuevo que aprender; alentaba al estudio á los espíritus jóvenes, y abría los libros y aprendía como ellos, hallando idéntico interés en la disquisición filosófica más abstrusa, como en la más interesante obra de estrategia. No extraño al hechizo de las artes, gozábase en el encanto de las bellas letras, y cuando en modesta plática discurría so-

bre cuestiones de estética, cautivaba por el acierto de sus juicios, y su conversación fluía abundante, amena y deleitosa como las mieles del sagrado Himeto. Creía que el nimbo de luz que circuye la frente de los Dante y los Milton, de los Cervantes y los Shakespeare, de los Calderón y los Göthe, es de mucha más valía que las coronas de todos los tiranos que han oprimido al mundo, y en el culto á esos dioses del pensamiento tan sólo anteponía el de los grandes heroísmos. Y al repasar en la memoria aquellas hazañas eternamente nuevas de Las Termópilas y de Sagunto, gloria de los tiempos antiguos, ó de Zalongos y Zaragoza, gloria de nuestra edad, percibíase en el temblor de su acento, y en el húmedo centelleo de sus ojos, el entusiasmo en que se encendía su alma; percibíase que aquellas grandes cosas encontraban generosa resonancia en aquel pecho también templado para las grandes empresas. A estas peculiares dotes morales, relevadas por un físico lleno de atractivo y por unas maneras de gran señor, debíase que, á semejanza del varón de Cornelio Nepote, todos creyeran "que no había cosa que no fuera capaz de ejecutar, y por eso mismo acontecía que donde quiera se encontrara, era colocado el primero y tenido en grande estima." ¿Qué mucho, pues, que todos los que le conocimos por el trato, quién por el cariño, quién por la desafección, que tal cual supo amar, supo aborrecer, echemos de menos tan conspicua personalidad?

Fué por eso, Señores, que cuando el punzón magnético vibró anunciando la fatal noticia, ella produjo en todos los pechos hondísima conmoción; á eso se debió que al difundirse aquí de acera en

acera, de calle en calle, de corrillo en corrillo esta lacónica nueva: "El General Baranda ha muerto," la consternación de los amigos no contrastó con la alegría de los adversarios, que los acontecimientos súbitos gozan del prestigio de paralizar la explosión del sentimiento.

Para desgracia de los que amamos á ese hombre meritísimo, el telégrafo no nos engañaba. Era desgarradora verdad que á las primeras horas del 24 de Julio el General Don Pedro Baranda había sucumbido á terrible dolencia, á dolencia tan terrible, que bastáronle unos cuantos días para postrar y destruir aquella excepcional constitución hecha para resistir con igual energía así á las crueldades de la adversidad, como á las delicias de la próspera fortuna. Había sucumbido en esa misma residencia de Lerma que, pagando tributo á sus afecciones más profundas y á los halagos de su rica imaginación, habíase hecho construir con afanosa solicitud, en la previsión de su última hora, para que le fuera dado rendir el espíritu en aquellas orillas de arrebolados horizontes, llenas de vagos rumores, en cuya mar el iris indeficiente mece su seductora imagen, donde el suspiro del viento muere en el sollozo de la ola allí, respirando aquella atmósfera, alumbrado por aquella luz para él aun impregnadas de los purísimos recuerdos de su santa madre, que allí, en aquel lugar mismo entregara su generoso espíritu al Creador. Y sus votos se cumplieron

¡Mil veces nefasto Julio! No le bastaba con habernos hundido en el mayor de los duelos. . . . Quiso hacernos comprender que aun le quedaba por donde herirnos, después de habernos anonadado arrebatándonos á aquel Gran Padre de la Pa-

tria, que muerto, aun palpita viviente, y que vivirá para gloria nuestra, por los inacabables siglos de la historia.

Los que sentimos en el alma la honda punzada de la tristísima nueva, creímos por el momento ser solos en nuestro dolor; no estábamos, no estamos solos; fuera de esta porción del territorio de la República que constituye la 11ª Zona militar, cuya jefatura estúvole por tantos años encomendada, donde sin duda contaba con el mayor número de amigos, de adictos y partidarios; fuera de Mérida, que le acogía y proclamaba como á sus hijos más preclaros; fuera de Campeche, la herida y consternada madre que llorará inconsolable su inmenso infortunio; fuera de esta nuestra ciudad que de noble huésped llegó á considerarlo como su hijo distinguido; fuera de los ámbitos de la 11ª Zona militar, la infausta noticia no fué, no pudo ser indiferente; que al llevarla el telégrafo al través del territorio nacional, ha resonado con doliente gemido en los pueblos de la costa de Sotavento, en la industriosa Orizaba, en las fértiles comarcas de Morelos, en la capital misma de la Nación, que el General Baranda obligó el cariño allí donde fué conocido.

Señores: Dichoso pesar es este que ha sabido atraer á sí el concurso de tantos. Los amigos íntimos que el General Baranda dejó en Tabasco con el corazón mutilado, que algo de ellos mismos se llevó consigo, queriendo patentizar la grande estima en que le tuvieron, organizaron esta fúnebre solemnidad en honor á su memoria, para ellos inolvidable. La numerosa y escojida concurrencia en este recinto aglomerada, el respetuoso silencio que aquí reina, el recojimiento que se pinta en to-

dos los semblantes, son inequívoca muestra de que los tabasqueños saben levantarse á la altura de los grandes sentimientos.



Fué la por aquellos tiempos Señora del Golfo, Campeche la emprendedora, la de los marinos audaces y de corazón abierto, que transponiendo los más remotos horizontes sobre el tumultuoso piélagos, fueron allende el Atlántico á enriquecer el habla con la revelación de su carácter; Campeche, la ciudad á quien uno de sus poetas atinadamente compara á la Tiro de los fenicios, que así dominó sobre los mares, Campeche fué el regazo en que abrió los ojos al mundo Don Pedro de Baranda.

Hay coincidencias que encierran un presagio: aquel nacimiento acaecía en el mismo faustísimo mes que señaló en la historia la inauguración de nuestro régimen federal, el 16 de Octubre de 1824. Parece como que el destino quiso que el ciudadano en cuyo pecho había de arder inextinguible el amor á la Patria y á la Libertad, naciera con el Código Supremo que venía á consagrar ese doble culto del pueblo mexicano. El presagio no podía resultar equivocado, que si por la digna matrona que lo llevó en su seno, la Sra. D^a Joaquina Quijano, nacía emparentado con las más delicadas virtudes que puede atesorar el corazón de dama ejemplar, cual aquella lo fuera, por el padre, D. Pedro Sainz de Baranda, el heroico guardia marina de Trafalgar, el imberbe capitán de "El Centinela," que burlando los cruceros ingleses arribó de Cádiz á estas tierras de América donde campo dilatado le convidaba á luchar contra las

tiranías y por la independencia de los pueblos, el mexicano á quien cupo la gloria de arrancar á la dominación de España su último atrincheramiento, haciendo flamear victoriosa sobre los bastiones de Ulúa la bandera de la nueva República, por ese nació predestinado al servicio de la Patria en lo que ella tiene de más caro: su autonomía ó propia independencia, y la libertad de sus hijos, que es la autonomía de los ciudadanos. Los primeros años de la infancia discurriólos aquel niño que tantas promesas encerraba, en el bullicio y agitación de su ciudad natal, emporio entonces mercantil y la primera ciudad marítima de la naciente República. Allí, en aquella playa llena de vida y movimiento, donde el estruendo de las olas era apagado por los fecundos ruidos del trabajo; en aquella aglomeración de gentes, á la vez enjambre y horniguero, volando y revolviéndose por entre el amontonamiento como de monstruos fantásticos, de las quillas en obra, de los cascos en construcción y de las naves en carena, bajo el azote vigorizador de las brisas del trópico impregnadas de los acres perfumes de la mar, allí recibió las primeras revelaciones del sentimiento de la libertad; allí debió haber comenzado á comprender los prodigios que la actividad humana es capaz de realizar. Cuando su conciencia empezaba á despertar al sentimiento de la vida, fué apartado de aquel mar siempre movible y luminoso, para ser conducido al interior de la península, y más de una lágrima ha de haber rodado por sus tiernas mejillas, al ver perderse tras de la curva del camino los últimos penachos de los cocoteros de la playa, á cuya sombra había sentido brotar en su alma las prístinas ilusiones del vivir.

El duro clima de la costa exacerbaba cruelmente las mal cicatrizadas heridas de Trafalgar y de Chipiona, y el vencedor de Ulúa, que ya no veía ante sí hazaña digna que acometer, diciendo adios á los trabajos y sinsabores del servicio público, iba á refugiarse, en busca de más benigna temperatura, á vivir la vida íntima de la familia, á la amena Valladolid, la reina del oriente yucateco.

La presencia de D. Pedro Sainz de Baranda en aquel centro, fué un acontecimiento. Quien no sabía vivir ocioso, tenía que procurar pávulo á su actividad, y hallólo, estableciendo en su nueva residencia una industria que prometía resultados prodigiosos. Fundó una fábrica de tejidos de algodón, que habría sido, sin duda, la transformadora maga de aquellas regiones, si el levantamiento de la raza aborigen contra la civilizada, no hubiera venido á defraudar el porvenir de grandeza á que Valladolid parecía predestinada y que acaso en no remota fecha logre aún realizar.

Allí fué creciendo Baranda, palpando la viva enseñanza del trabajo, del orden y de la disciplina, enseñanza que ha de haber influido poderosamente en la formación de su carácter. Al acercarse á la pubertad, su previsor padre, que aspiraba á hacer de él un ciudadano distinguido, enviólo á un colegio de la Habana, bajo la guarda de parientes con quienes había mantenido vivo comercio de afectos. Consagrado el jovenzuelo al serio estudio de las matemáticas, que alternaba con entretenimientos literarios por los que sentía inteligentísima afición, fué creciendo hasta alcanzar las fronteras de la virilidad. Su espíritu despejado, pronto para la concepción, iniciólo anticipadamen-

te en las cosas del mundo, y no adaptándose su enérgico temperamento á la vida pasiva de las letras, sin embargo de que el estro ardiera en su fantasía y de que se hallara dotado de admirable sentido crítico, creyendo que su puesto al lado de su industrioso y benemérito padre lo reclamaba la visible decadencia á que éste había venido, cerró los libros y tornó al seno de la familia. Una vez más aún fué arrancado á la jefatura de ella y á la dirección de su empresa el Sr. Sainz de Baranda, para volver á las agitaciones de la política. En medio del desconcierto público que se iniciaba en la península yucateca, los hombres sensatos pusieron los ojos en el retirado de Valladolid, como en el hombre á propósito para dominar con su alta probidad, su ejemplar justificación y las tradiciones de respeto que en él concurrían, los apasionados excesos de las facciones. En aras del bien común prestóse á ese nuevo sacrificio, y al vencerse de que sería infructuoso, de que las pasiones políticas son incoercibles, recojiendo cosecha no escasa de desengaños, volvió á confinarse en las intimidades del hogar.

Cuando su primogénito cumplía apenas veintiun años, el Señor Sainz de Baranda exhalaba el último aliento, si acabado de cuerpo, lleno de vigor el espíritu.

Una sola pena toturábale en aquel tremendo trance: habíase creído con derecho á prover á la educación de todos sus hijos, y dejaba á su Joaquín, objeto de sus últimas ternuras, en los albores de la vida. ¿En quién declinar tamaña responsabilidad? ¿En quién, si no en el primogénito llamado á sustituirlo en el orden natural? Y el primogénito recogió aquel santo deber, como prenda